

JUBILEO DE LOS SACERDOTES Y MISA CRISMAL

Catedral de La Habana, 9 de abril del 2000

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido.»

Queridos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas:

Las palabras de la profecía de Isaías que Jesús se aplicó con toda propiedad en la sinagoga de Nazaret, pueden ser dichas por todos y cada uno de nosotros, pues, gracias a la ofrenda de Cristo en la Cruz, hemos recibido en nuestro bautismo el Espíritu Santo prometido por Jesús y enviado por Él para hacernos participar de su misma unción sacerdotal. Porque *«Jesucristo nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre»*. Se cumple así para el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia, lo anunciado por el profeta: *«Ustedes se llamarán Sacerdotes del Señor»*, dirán de ustedes: *«Ministros de nuestro Dios»*.

De este modo, la Iglesia, como lo cantamos al iniciar nuestra celebración, es Pueblo de Reyes, Asamblea Santa, Pueblo Sacerdotal. Todos los fieles participan del único sacerdocio de Cristo, que realiza su homenaje de amor y acatamiento a la voluntad del Padre, por la entrega de su vida, ofreciendo así el único culto agradable a Dios. De esta ofrenda participan todos los fieles, uniéndose a la de Cristo, Sacerdote eterno, la entrega de sus propias vidas. El Señor Jesús hace suya esa ofrenda, confiriéndole el valor de un don, aceptable a Dios. Este sacerdocio lo viven todos los fieles cristianos. Sus vidas, con sus penas y esperanzas, alegrías y tristezas, son la ofrenda de todas las horas y de todo lugar: *«Ya coman, ya beban, háganlo todo en nombre del Señor»*, dice el apóstol. Hay, sin embargo, un momento excepcional, donde la participación en la ofrenda de Cristo al Padre alcanza su más alta expresión, cuando Jesucristo, en el Sacramento de la Eucaristía, recibe nuestras vidas ofrecidas y las presenta Él mismo a Dios Padre, uniéndolas a su propia entrega.

En la celebración eucarística llega a su cumbre de realismo la presencia de Jesús. Esa presencia se ha manifestado ya en el signo de la comunidad reunida y en la Palabra de Dios acogida por la asamblea de los fieles. Pero al cumplir el mandato del Señor, la Iglesia sabe con certeza que, por la invocación del Espíritu Santo y por la proclamación eficaz de las mismas palabras de la institución eucarística, su Señor glorioso, con «el poder que tiene para sometérselo todo», se hace presente realmente, personalmente, sustancialmente, en el pan y el vino; cambiando el ser profundo de estos elementos en su persona de Verbo encarnado que ha padecido y ha sido glorificado. Cristo se hace presente en la Eucaristía, con toda la riqueza de su humanidad transida de pasión y de gloria, tal y como Él está actualmente en el cielo.

Por voluntad suya, este es un memorial de su sacrificio redentor, sacrificio de expiación de la nueva alianza, según las figuras bíblicas evocadas en el Cenáculo. Los signos sacramentales, por su misma estructura simbólica, como el pan partido; y las palabras de Cristo que los acompañan: la sangre derramada por vosotros y por todos, descubren en la Cena la realidad anticipada de la Cruz. Se trata de un gesto profético cumplido por Cristo en la verdad dramática de su espíritu, sumergido ya en el sufrimiento de la pasión, con una visión muy clara de cuanto le espera.

San Pablo dirá a su comunidad de Corinto que cada celebración eucarística es «el anuncio de la muerte del Señor» y la liturgia de la Iglesia siempre ha evocado la cena y la cruz en la celebración eucarística, no como una simple narración, sino con plena conciencia de realizar un sacrificio litúrgico.

Así lo atestiguan las plegarias eucarísticas que hablan de «la Víctima, por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad...», o piden a Dios Padre «que esta víctima de reconciliación traiga la paz y la salvación al mundo entero».

Pero esa evocación del sacrificio está incluida en el memorial de todo el misterio pascual. En cada Eucaristía celebramos la Muerte y la Resurrección del Señor. Esta referencia la encontramos en todas las plegarias eucarísticas. De este modo lo expresa el Canon Romano: «Así pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo, de su admirable resurrección y ascensión al cielo...».

El Concilio Vaticano II habla casi siempre de la Eucaristía con esa consideración integral del misterio pascual. A esto nos invita la visión sacerdotal de la Carta a los Hebreos. En ella, Cristo aparece en todo momento como el sacerdote y la víctima gloriosa, «siempre vivo para interceder por nosotros ante el Padre». Es Jesucristo, con su alma abierta al Padre en su amor de entrega por nosotros y con su cuerpo en el que lleva los estigmas gloriosos de su pasión, quien queda constituido así sacramento eterno de su sacrificio redentor. El sacrificio de la Cruz, que ocurrió una vez en la historia, persiste en su esencia, porque permanece en Cristo glorioso, y ese sacrificio se vuelve actual cuando el Señor glorificado se hace presente específicamente en la celebración eucarística, en la cual la Iglesia, siguiendo su mandato, conmemora con la palabra, los gestos y los elementos materiales, su «muerte gloriosa». Jesucristo es la misma víctima gloriosa y el mismo sacerdote.

De este modo, la comunidad eclesial, por el ministerio específico del sacerdote, que actúa en nombre de Cristo y de la Iglesia, ofrece al Padre el único sacrificio que le rinde honor y alabanza.

Si todo el pueblo de la Nueva Alianza ha sido constituido pueblo sacerdotal, capaz de hacer a Dios la ofrenda de sus vidas con Cristo en el sacrificio eucarístico; solo a ustedes, de manera especial, queridos sacerdotes, se dirige Jesús para confiarles su don a los hombres: «hagan esto en memoria mía». Esas palabras nos fueron dichas a nosotros. Todos nosotros, sacerdotes, estábamos misteriosamente presentes aquella noche en el Cenáculo. Así quiso darnos Jesús nuestra parte, la mía y la de ustedes, en el homenaje de adoración y alabanza que el pueblo de Dios rinde a su Señor en esa acción cumbre y fuente de la vida cristiana que es la Eucaristía. En ella recibe el sacerdote la ofrenda que hacen sus hermanos del pan y del vino que simbolizan la entrega de sus vidas a Dios. Unida a su propia entrega, las coloca sobre el altar, invoca sobre ellas el Espíritu Santo y, obedeciendo el mandato de Cristo, proclama las palabras de Jesús que lo hacen realmente presente para que la Iglesia «con Cristo, por Él y en Él dé al Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria».

Cristo, elevado en lo alto para atraer a todos hacia sí, está de este modo sacrificialmente presente en medio de su pueblo. Son nuestras manos y nuestra voz las encargadas de cumplir esa acción sagrada. El lenguaje teológico tradicional describe así al sacerdote como instrumento de Cristo. Es cierta esta afirmación, no somos nosotros, sino Cristo, el único sacerdote a quien representamos, el que se ofrece y posibilita la ofrenda de todos. Pero, según la comprensión del lenguaje común, instrumento parece describir un objeto inanimado, que sirve predeterminadamente y de forma infalible para el uso que se le da. Este aspecto hace hoy menos comprensible ese término, pues el sacerdote no solo presta su voz y sus manos, sino compromete toda su persona en la acción sacrificial de la Eucaristía.

El sacrificio personal no es necesario para la validez del sacramento, pero concurre a la perfección del sacerdote en su imprescindible identificación con Cristo. No olvidemos las palabras conclusivas de nuestra ordenación sacerdotal: «*Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la Cruz del Señor*».

El ideal sacerdotal no es completo sin una referencia al sacrificio de Jesús, sacerdote y víctima de la redención humana. Al respecto nos decía el Papa Pío XII en su encíclica «*Menti nostrae*»: «*Como toda la vida del Salvador estuvo ordenada al sacrificio de sí mismo, así también la vida del sacerdote,*

que debe reproducir en sí la imagen de Jesucristo, debe ser con ÉL y por ÉL un sacrificio aceptable a Dios...», y continúa más adelante Pío XII: «El sacerdote, en contacto tan íntimo con los divinos misterios, no puede dejar de tener hambre y sed de justicia, ni dejar de sentir el estímulo para adecuar su vida a una dignidad tan excelsa y para orientarla hacia el sacrificio, debiendo ofrecerse e inmolarse él mismo con Cristo».

El candidato al sacerdocio debe saber, desde el seminario, que la respuesta a la llamada divina lleva consigo una conciencia plena del lugar que ocupará el sacrificio en su vida sacerdotal: el apostolado reclama un trabajo incansable e impone privaciones y renunciaciones. Pueden ser variadas las circunstancias adversas de tiempo y de lugar para el ejercicio del ministerio. ¡Cuántas de ellas han experimentado ustedes en estos años, queridos sacerdotes que trabajan aquí!

La soledad, la incompreensión y diversos tipos de persecución, pueden hacer más amargo el cáliz del sacerdote que quiere ser de veras apóstol. Las provisiones de Jesús no dejan lugar a ilusiones: *«Ustedes serán odiados por todos a causa de mi nombre».*

El Sacramento del Orden, hace del elegido sacramento de la presencia del Señor. El sacerdote es, por tanto, signo que hace presente a Cristo a su Iglesia, especialmente en la acción litúrgica, sobre todo cuando actúa *«in persona Christi»* en la celebración eucarística (P.O. 2, 12, 13). La condición de signo personal de Cristo en la asamblea de los fieles pide al sacerdote una especial relación con Aquel a quien representa y con la misma comunidad eclesial que él preside. De ahí emana y se nutre su espiritualidad sacerdotal.

Así lo describe el Concilio Vaticano II: *«Desempeñando el oficio de Buen Pastor, en el mismo ejercicio de la caridad pastoral hallarán (los presbíteros) el vínculo de la perfección sacerdotal que reduzca a unidad su vida y su acción. Esta caridad pastoral fluye ciertamente, sobre todo, del sacrificio eucarístico que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero; de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que hace en el ara sacrificial»* (P.O. 14).

El sacerdote halla, en Cristo Eucaristía, inspiración y guía para entregar su vida a Dios y a los hermanos y va siempre pareciéndose más a su Maestro y Señor. Esto lo refleja muy bien el prefacio de la Misa Crismal:

*Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por ti
y por la salvación de los hermanos,
van configurándose a Cristo,
y han de darte así testimonio constante
de fidelidad y amor.*

La celebración de la Eucaristía no es solamente, por tanto, el centro y la raíz de toda la vida del presbítero, sino el momento privilegiado para vivir la doble relación con Cristo y con la Iglesia, que exige, desde lo más hondo, el ser cristiano y el ser sacerdotal.

La eucaristía es sacrificio de comunión y el sacerdote participa, junto con todos sus hermanos, del sagrado banquete que su acción ministerial ha hecho posible. Como para todo bautizado, la sagrada comunión será para el sacerdote fuente de renovación y de crecimiento en su vida cristiana. Pero, además, dice el texto conciliar: *«al alimentarse del cuerpo de Cristo, comparten de corazón el amor de aquel que se da en comida a sus hermanos. Es al comulgar este amor cuando pueden levantarse de la mesa, movidos por el amor del buen pastor, para dar su vida por sus ovejas, dispuestos incluso al supremo sacrificio»* (P.O. 13).

Nosotros no prestamos únicamente nuestras manos a Cristo para servir en la mesa eucarística, sino para que Cristo siga sirviendo por medio de nosotros a todos los hombres. La obediencia y la

inmolación suceden en cualquier momento en la Iglesia que peregrina en este mundo, en la realidad histórica de un lugar y de una época. Es necesario hacer la travesía misionera de los tiempos que vivimos. Este camino nos configura con la cruz del Señor, pero es, al mismo tiempo, el andar de Cristo resucitado que acompaña a los hombres y mujeres de esta hora de la historia.

El crucificado, ya glorificado, es quien nos hace andar el camino de Emaús como otros cristos, para acompañar a la humanidad desorientada y triste, anunciándoles todo lo que la Escritura dice del sufrimiento y de la Cruz, haciendo arder sus corazones con la Palabra de Dios para abrirlos a la esperanza; descubriéndoles a Cristo en la fracción del pan donde hallarán, sorprendidos, la paz y el gozo.

Queridos sacerdotes: somos testigos y mensajeros de Cristo resucitado. No somos anunciadores del dolor de la Cruz, sino del triunfo de la Cruz. De la cruz de Cristo no nace la tristeza de los hombres y mujeres de hoy, sino de sus pecados. De la cruz gloriosa de Cristo nos llega la seguridad de poder triunfar de la injusticia, de la mentira y de todo pecado, porque el Hijo de Dios en la Cruz «ha vencido al mal». Esta es la alegría del presbítero que se afirma con realismo sobre las miserias de este mundo. Este gozo debe marcar su estilo sacerdotal abierto y cautivador, que invite a sus contemporáneos al seguimiento de Jesús.

En este día en que celebramos la Misa Crismal en nuestra Arquidiócesis y se renuevan los óleos y el Crisma que sirven a diversos Sacramentos, renuevan también ustedes sus compromisos sacerdotales. Ustedes saben por experiencia propia, queridos hermanos en el sacerdocio, algunos con más tiempo de ministerio que otros, que en la medida que aceptamos con corazón generoso configurarnos al Cristo entregado por nosotros en la Cruz, recibimos el don de la paz y la alegría del resucitado en nuestros corazones.

Los invito, en estos días santos, a leer y meditar en actitud de silencio y oración, la hermosa carta que el Papa Juan Pablo II les ha dirigido a ustedes; a acompañar a Cristo por los vericuetos de Jerusalén, poblados de aclamaciones, rumores y asechanzas, a entrar al cenáculo como Juan y recostar sus cabezas colmadas de agobio sobre el pecho del Señor, a oír de nuevo lo que Él les dijo aquella vez a ustedes: «*hagan esto en memoria mía*», y dejen que ese mandato, que es una elección, retumbe en lo hondo de su ser, los despierte, los afiance o los desestabilice saludablemente. Escuchen largamente, lentamente, las palabras de envío y despedida de Jesús en la Cena. Acompañenlo al huerto, no se olviden que ustedes son sus amigos y, por favor, no se duerman. No huyan del monte Calvario; allí los espera Jesús para entregarles a María por madre. No se entristezcan a la caída de la tarde, cuando el cuerpo del Señor es colocado en el Sepulcro, cuando se quedan solos, cuando todos se van, cuando es de noche. Recuerden la promesa cumplida de Jesús y esperen serenos el alba radiante de la resurrección, y vuelvan una y otra vez a Galilea, y no se queden plantados mirando al cielo, sino vayan al mundo entero, a nuestros campos, a nuestros barrios, a la estrecha casa de oración; diríjense a los tibios y poco entusiastas, a los que se quedan y a los que se van, a los que reciben algo que los ayuda a vivir y a los que no tienen nada, y anúncienle el Evangelio a toda criatura, y dichoso el que no se escandalice esperando de ustedes otra cosa que no sea hablar de Cristo, sufrir por Cristo, vivir alegres su amistad con él e invítenlos a todos a la mesa, al banquete de la vida en plenitud. Allí aprenderán a reconocer a Cristo en la fracción del pan y los corazones de ellos y los de ustedes arderán de esperanza al comprobar que Él está con nosotros siempre.

Queridos sacerdotes diocesanos y religiosos, cubanos o de otros países, con corazones agradecidos y felices renueven en este año Santo Jubilar, con toda el alma, su entrega sacerdotal a Cristo y a su Iglesia.

Queridos fieles católicos: acojan con amor a sus sacerdotes. Recíbanlos en cada eucaristía, en la procesión de entrada, como «el que viene en nombre del Señor», porque él es representante de Cristo en medio de ustedes y, al subir al altar para ofrecer el sacrificio eucarístico, será el que los represente a ustedes, a toda la Iglesia, ante Dios.

Un día, como los apóstoles, ellos, sus sacerdotes, le preguntaron a Jesús: *«Maestro, he aquí que lo hemos dejado todo y te hemos seguido a ti, ¿qué será de nosotros?»* y la respuesta del Señor tiene que ver también con ustedes; Jesús les contestó: *«En verdad les digo que ustedes, los que han dejado padre, madre, hermanos, casas o hijos por seguirme a mí, tendrán aquí madres y padres y hermanos y casas e hijos, con persecuciones, y después, la vida eterna»*.

A algunos malvados o ignorantes les toca el triste papel de poner las persecuciones, a ustedes, los que Dios, por Cristo, ha llamado a su Iglesia, les toca poner sus sentimientos generosos de padres, de madres, de hermanos, y abrir las puertas de su casa y de su corazón a quienes por ustedes y por toda la Iglesia se ofrecen, con Cristo, al Padre.

Que toda la Familia diocesana acompañe ahora con su oración la renovación de las promesas sacerdotales de sus pastores y que los sostenga cada día en esta gran familia de la Iglesia como a amigos, como a hermanos, como a padres. Así sea.